

LOS SANTOS ALTOARAGONESES

SAN ORIENCIO, OBISPO DE AUCH

Por ANTONIO DURÁN GUDIOL

1 Tres hechos de la primera juventud de san Oriencio ¹, puede el hagiógrafo apartar, como seguros, de la policromía de narraciones que han llegado hasta nosotros: la patria, la procedencia pagana y la formación literaria de nuestro santo.

Todas las versiones de su biografía, que hoy por hoy es posible cotejar ², están concordes en que Oriencio vió en Huesca la luz primera. Y forzoso es aceptar este origen, aun cuando parezca inexplicable el silencio que guardan los antiguos textos medievales aragoneses. Uno más entre tantos misterios que, muy posiblemente, jamás podrán franquear la luminosidad histórica.

En cambio, es posible demostrar que Oriencio procedía del paganismo. Durante parte de su juventud, por lo menos, en pleno uso de razón, teniendo conciencia de ello, profesó la idolatría. De él dicen las Actas al parecer más fidedignas: *Una vez despreciada la vileza de los ídolos, Oriencio venció la perversidad pagana*. Despreciar supone un acto plenamente consciente. Y para que esta frase no pueda ser interpretada en el sentido que él, cristiano desde la cuna o no, luchó hasta vencer el paganismo, aquí está el testimonio del propio Oriencio: *Nosotros mismos hemos emergido*

1. Por razones filológicas, preferimos la forma Oriencio a la más común de Orencio.

2. *Acta Sanctorum Maii*, t. I (1866), p. 64, da la biografía de san Oriencio según manuscritos de Toulouse y de Albi. En *Acta Sanctorum Augusti*, t. II (1867), p. 485, se refuta el testimonio de *Gallia christiana*, t. I, col. 973, según el cual san Oriencio fué hermano de san Lorenzo e hijo de los santos Oriencio y Paciencia. La tradición aragonesa fué recogida—no sabemos de qué fuentes—por FRANCISCO DIEGO DE AYNSA Y DE YRIARTE, en *Traslación de las reliquias del glorioso Pontífice San Oriencio; hecha de la ciudad de Auch a la de Huesca, su cara y amada patria, con las fiestas espirituales y temporales, que al recibimiento dellas se hizieron; y el insigne Certamen, o Justa Poética, que la Universidad publicó y celebró en alabanza del mismo Santo* (Huesca, 1612). Los bolandistas califican de fabulosa la narración de Aynsa. Las Actas del Pacional bodecense pueden verse en *Acta Sanctorum Maii*, t. I (1866), p. 62.

de las brumas del paganismo, cuyas nieblas logramos romper gracias al verbo de los ángeles espirituales. Traducidas estas palabras al lenguaje llano, corriente, moderno, significan: *Yo mismo fui convertido al cristianismo gracias a la predicación de los obispos*. Aparte una no tan fácil disquisición sobre los obispos que predicaron y convirtieron al futuro pontífice de Auch, que ahora no quedaría del todo mal, podemos ahondar más y, a la vista de su actuación apostólica, precisar que Oriencio procedía del paganismo ibérico, no del romano. De no ser así, no habría estado, humanamente hablando, tan bien preparado para predicar con éxito el Evangelio entre los vascones, como lo hizo y después se verá.

Finalmente, a juzgar por los escritos que nos han llegado y de los que hablaremos luego, Oriencio tuvo una más que mediana formación literaria, aun cuando no pueda ser alineado junto a los grandes Padres de la Iglesia ni por su contenido, ni por su estilo. Si no se hubiese dedicado a las letras, no habría podido escribir los poemas ascético-místicos que dictó. Habría podido exponer las mismas ideas, pero la forma diferiría muchísimo. Es evidente.

La piedad de los primeros cristianos forjó mil poéticas invenciones con el fin de rellenar los huecos que en la biografía de Cristo habían dejado al descubierto los evangelistas. La del medioevo inventó áureas leyendas para nimbar el recuerdo de los héroes del espíritu. Por lo que se refiere a nuestro san Oriencio, el Pirineo es la línea divisoria de dos corrientes legendarias que convergen raras veces: más allá de los montes los relatos de Toulouse y de Albi; acá, la tradición recogida por Diego de Aynsa. Poco emparentadas con las dos, unas terceras Actas, las del monasterio bodecense, en Westfalia, más comedidas y, con toda probabilidad, más dignas de crédito. En la presente recopilación, daremos en composición tipográfica sin interlinear aquellos detalles de la vida del santo que saben más a leyenda que a historia.

2 Según las fuentes francesas, san Oriencio fue hijo del cónsul de Urgell, en la parte de Occitania. Un hermano mayor que el santo sucedió al padre, pero murió prematuramente y Oriencio tuvo que vestir la toga consular. No especifican si los padres y el hermano eran o no cristianos. No es posible fijar la fecha de su nacimiento, aunque es lícito suponer que nació algo entrada ya la segunda mitad del siglo iv.

Advirtió bien pronto la vanidad de la riqueza, del poder, del lujo, y comprendió que era imposible servir a un tiempo a Dios y a Mammona y decidió desprenderse de todo y buscar la paz en el desierto. Efectivamente, vendió todos sus bienes, abandonó sus ricos ropajes y sus mag-

níficos palacios, obsequiando con el producto de la venta de su hacienda a los pobres y se retiró a la vida solitaria en un lugar no lejos de Huesca, su ciudad natal. Aquí vivió una buena temporada. Hasta que las maravillas que Dios obraba por medio de él no pudieron ser celadas a los ojos de sus conciudadanos, que le buscaban y le encomiaban en demasía, para la humildad del santo. Y creyó que más le convenía huir de su tierra en secreto y pasar a Francia, donde no sería conocido, ni distraído de su total entrega a Dios.

La tradición aragonesa, más pormenorizada, explica que san Oriencio fue hermano gemelo de san Lorenzo, y los dos, hijos de los patricios oscenses Oriencio y Paciencia, nacidos en una casa que hubo donde hoy se levanta la basílica del mártir en Huesca. Lorenzo y Oriencio fueron matriculados muy pronto en la Universidad Sertoriana, cuyas aulas se alumbraron con la luz de sus virtudes y de su ciencia, hasta tal punto que, tiernos en años aún, contra todo lo establecido, fueron los dos promovidos a los sagrados órdenes.

Poseía Oriencio, el padre, una alquería en el preciso lugar donde siglos más tarde se edificaría la iglesia de Loreto. Buenas temporadas pasaba aquí toda la familia, particularmente en los períodos de siembra y de cosecha. En Loreto se hospedó san Sixto II, papa, de camino por tierras aragonesas. Prendado de la ejemplaridad de la familia del patricio Oriencio, gozaba el futuro papa en las reuniones familiares, conversando largamente sobre lo apreciable de los bienes eternos y la caducidad de los temporales. Subyugado por las explicaciones de Sixto, Oriencio, el padre, decidió en su corazón vender los bienes sobrantes y darlos a los pobres. El romano, enamorado de Lorenzo, quiso convencerle para que se fuera a Roma con él y lo consiguió, no sin gran pesar de los padres —lloró mucho Paciencia—, los cuales se resignaron a lo que evidentemente era manifestación de la voluntad de Dios. Para su consuelo, san Sixto quiso consagrar, dentro de la misma finca de Loreto, una capilla que dedicó al hijo de ambos, el futuro mártir Lorenzo, que él se llevaba a Roma en prenda de grandes esperanzas.

Poco tiempo después, santa Paciencia se durmió plácidamente en el Señor y fue enterrada en la capilla doméstica, junto al altar dedicado a su propio hijo. El padre y esposo consumía largas veladas en oración, arrodillado sobre el sepulcro de su esposa. Y aconteció cierta noche, entregado a este su quehacer predilecto, que oyó una voz venida del cielo, que le decía:

—Deja tu casa, toma contigo a tu hijo Oriencio y ve a vivir donde te será mostrado.

Antes había donado los bienes sobrantes a los pobres. Ahora vendió toda su hacienda, que no era poca, y, abandonando las tierras oscenses, padre e hijo se marcharon a Francia.

3 Una gesta sobresale, incuestionable, en todas las narraciones biográficas de san Oriencio: su victoria sobre el paganismo, mediante la conquista de la montaña.

Los Pirineos, como línea de separación entre Francia y Aragón, datan de no muy lejanas épocas. Los montes pirenaicos, muy al contrario, han sido casi siempre lazo de unión de los dos países. Igual que una procesión de cogullas une las crujías de un claustro monacal. Por lo menos desde el siglo v antes de Cristo, el puerto de Somport ha presenciado el paso constante de gentes de una y otra parte, en un eficiente intercambio de ideas y personas. Consta que quienes abrieron la marcha fueron los ilergetes y los vascones del valle del Ebro, quienes no sólo se establecieron en Francia, sino que impusieron sus maneras, su civilización y hasta su nombre: Vasconia, que se transformó en Guasconia, Gascogne. Aun hoy es patente allí la civilización ibérica en la toponimia del país y en mil reliquias arqueológicas, principalmente inscripciones en caracteres ibéricos.

En el primer cuarto del siglo v después de Cristo, hay que situar la entrada de Oriencio en Francia, donde llegó caminando, a la sombra de una nubecilla de la que emergía una mano bendicente, por los mismos caminos que los vascones, y escogió para morada—y como campo de acción opostólica—un monte, ya fuera éste el Narveya, ya alguno del valle de Lavedán. Ciertamente que el paisaje se diferenciaba mucho de la geografía de su patria. El ambiente, empero, era el mismo: ibérico.

Las montañas, según el lenguaje de las crónicas cristianas, estaban infestadas de demonios, que, dicho en otras más asequibles palabras, significa que la Vasconia era, en tiempo de san Oriencio, un país intensamente ibérico en religión, aun después que los romanos hubieron impuesto a la oficial Aquitania su lengua y sus dioses, que no cuajaron más que en las grandes ciudades de Burdeos, Dax, Eauze, fuera de las cuales se pasó directamente al cristianismo desde la religión ibérica. Los dioses de la Vasconia, como en esta parte de los Pirineos, no eran invisibles. Se adoraba a las montañas, a los picos, a los bosques, a los árboles, a las plantas, al sol, a la luna, a las estrellas... La simbología cultural era rica en esvásticas, círculos concéntricos, ruedas solares, hélices, rose-tones, estrellas...

De aquí que la acción evangélica debía ser planteada no en las plazas de los pueblos, ni en las *consacranias* o colegios funerarios, sino en el mismo corazón de los dioses ibéricos. Así lo entendió san Taurin, obispo de Eauze, que cayó el año 293 en el bosque de Verdale, víctima del fana-

tismo de los habitantes de un caserío que fue, más tarde, Aubiet, no lejos de Auch ³. Oriencio, siguiendo la misma táctica, aplazó la predicación del Verbo y edificó su casa en la montaña sagrada que no podía ser hollada por el pie del hombre, so pena de lesa divinidad.

Su técnica apostólica, correctísima, perfecta, se basó en esta trilogía: el arado, la Cruz y la vida penitencial. Abrió surcos en las laderas, taló árboles, edificó un molino junto al río... El verde de sus trigales fue prenda de un inefable verde del espíritu. El blanco de sus harinas, trofeo de victoria sobre los errores ibéricos y sobre los vanos temores a venganzas de unos dioses supuestos sumamente irritables, en realidad sobremanera pacíficos. Deshecho el embrujo y los vascones tuvieron necesidad de abrir sus mentes y sus corazones al Dios del héroe. Y la Iberia cristiana, por obra de Oriencio, sustituyó ventajosamente a la Iberia naturalista. Oriencio es, por antonomasia, el apóstol de los vascones.

4 Según las Actas westfalianas, *Oriencio en posesión perfecta del dogma, corrigió al pueblo con sagrado discurso y destruyó la perversidad de los paganos*. Y explican cómo se estableció en el monte Narveya cuyo nombre le viene a la montaña de pico conspicuo de haber sido dedicada a los demonios, no surcada por camino alguno, imposible de labrar por los íncolas de Auch. A pesar de la oposición de la gente del llano a los proyectos del santo, bien pronto el agua lustral de la oración purificó el lugar de espíritus inmundos y lo que anteriormente había sido feudo de los demonios, gracias a la fortaleza de Oriencio, es ofrecido pacífico al Dios de verdad. Ya no fué posible en adelante temblar a causa del ceño fruncido del Narveya, transformado en potente tornavoz de una dulce salmodia coreada con acompañamiento de vigilias y largas limosnas.

Los franceses tienen para sí que Oriencio fijó su residencia en algún monte del valle de Lavedán, no lejos de Bigorre, cerca de Tarbes, según los aragoneses, conviniendo todos en que fue en la orilla oriental del río Adour, donde edificó una iglesia y un molino.

Llegados a Francia, según nuestras tradiciones, los dos Oriencios, padre e hijo, se dedicaron de lleno a la vida de trabajo y de perfección. Y estuvieron juntos hasta que el hijo comprendió que Dios les pedía más sacrificio y más entrega. Se pusieron de acuerdo y el futuro pontífice se retiró a lugar más solitario, permitiéndose de vez en cuando el placer de visitar y conversar con su anciano padre.

Al detallar la vida que llevaba Oriencio, hijo, convienen las dos tradiciones pirenaicas. Era su principal ocupación el rezo y leía todos los días el Psalterio de David, metido en agua hasta el ombligo, invierno

3. F. CANÉTO, *Prieuré de Saint-Orens d'Auch. Etude historique et monumentale depuis les premiers siècles de l'ère chrétienne jusqu'à nos jours* (Auch, 1873), p. 7.

y verano. Se alimentaba de pan y hierbas, rociándolo únicamente con agua. Dormía sobre la tierra dura las noches que no pasaba, insomne, en oración. Vestía burda túnica y pobre palio, ciñéndose con una cadena de hierro. No le fue fácil pasar desapercibido de los indígenas que acudían a él ora en busca de una limosna, ora ansiosos de una palabra de consuelo, ora con la esperanza de un milagro. En cierta ocasión fue tal el concurso de vascones que acudían a su encuentro, que Oriencio temió no aprovecharse el demonio aquella coyuntura para tentarle de soberbia, de sobrestimación de sí mismo. Hurgó con la mirada aquellos parajes en busca de un escondite y vió que no era posible escapar. Sus devotos seguían avanzando rápidamente, envueltos en cánticos, oraciones y aclamaciones al santo, el cual, abandonándose a los brazos de Dios, buscó refugio en la roca. Se tumbó sobre ella y he aquí que Dios quiso que se ablandase suavemente, como si hubiese sido mullido colchón, cediendo al peso de Oriencio. La multitud tuvo que volverse desilusionada, pero el santo no dió ocasión alguna al diablo. Sean por ello dadas gracias a Jesús Cristo que vive y reina por los siglos de los siglos, amén.

5 Oriencio fue arrancado de la vida eremítica por los ciudadanos de Auch, quienes, según las normas de la época, le eligieron obispo, a la muerte de san Ursiano, acaecida posiblemente a finales de la segunda decena del siglo v.

Doctísimo en las disciplinas eclesiásticas—escriben las Actas de Westfalia—enmendó con certera palabra los defectos de su pueblo al que instruyó tan eficazmente en la santa doctrina que la mano del santo pastor llegó a cansarse en la administración de la gracia bautismal, resucitando a un gran número de auscienses que casi, casi estaban muertos para Dios. Fue tan grande la fe que Oriencio albergaba en su pecho, que Dios de él se valió para obrar tantos prodigios que prolijo sería enumerarlos tan siquiera.

Había cerca de Auch una montaña consagrada por los paganos al diablo. Su cima tocaba las nubes. No era lícito rayarla con caminos, ni aprovechar la feracidad de sus tierras. Allá se fue el obispo santo, precedido del estandarte de la Cruz, y a su mandato los demonios hubieron de abandonar, por fuerza, aquellos parajes que ya no serían en adelante contaminados por rito alguno de perversa intención. Perdido todo temor, los de Auch cultivaron las faldas del monte pacificado por la gracia de Cristo y aprovecharon sus árboles y con los frutos alegraron hogares y llenaron hórreos. Todo el pueblo dió gracias a Dios por el magnífico regalo que les había hecho con tal pastor.

Aragoneses y franceses ven más filigranas en la elección de Oriencio para obispo de Auch. En aquel tiempo—aseguran los de más allá del Pirineo—aconteció la muerte de san Ursiano, arzobispo de Auch, muerte que sumió a los auscienses en el más grande de los pesares, ya que no confiaban en encontrar un digno sucesor. El pueblo cristiano se reunió durante algunos días en la Catedral y oró largamente pidiendo a Dios un buen pastor. Hasta que, sumamente recogida la comunidad de fieles, se oyó una potente voz bajada del cielo que mandaba:

—Oriencio es el pastor que debéis elegir. Oriencio es el pastor que debéis elegir.

Toda la concurrencia prorrumpió en gozo:

—Oriencio para obispo... Oriencio para obispo—, resultando de esta forma elegido unánimemente para ocupar la vacante de san Ursiano.

Inmediatamente, en impresionante procesión, se dirigieron a la ermita habitada por el arzobispo electo, a quien encontraron labrando. Se postraron humildemente los auscienses a sus pies, le saludaron como requiere la dignidad episcopal y le expusieron los motivos de su visita.

Oriencio quiso huir, pero se lo impidieron sus feligreses. Insistió repetidamente y con lágrimas, que le dejaran en paz, asegurándoles que no era digno de subir a tan sublime dignidad. Sin embargo, los ciudadanos de Auch, tercos en obedecer la voz que ellos creían de Dios, se negaron a volver a la ciudad sin la compañía del santo. Sin saber qué hacer, Oriencio se arrodilló, apoyándose firmemente en el báculo que empuñaba y pidió a Dios le manifestase su santa voluntad. Y he aquí que el báculo fue creciendo, creciendo rápidamente y convirtiéndose en un árbol frondoso de genuinas ramas y flores de verdad. Por donde conoció Oriencio que la voluntad de Dios era que accediera a los deseos de los auscienses. De vuelta a la urbe, la clerecía y el pueblo todo, enfermos incluidos, formando una gozosa procesión, dió gracias a Dios.

Siendo obispo, convirtió a los vascones idólatras y extirpó de una montaña vecina de Auch y llamada Narucia la mentira de los ídolos y ahuyentó los demonios de diversas especies que allí moraban. Ahora se levanta en aquella montaña una iglesia consagrada a los santos Ciríaco y Julita. Alabemos por todo a Cristo Jesús.

Aynsa recoge la tradición aragonesa y explica con su estilo que sabe a vino añejo: «Era tanta la fama que la santidad del mancebo Oriencio en toda aquella región había, que acudían a él muchas personas, para alcanzar por su medio reparo en sus necesidades espirituales y corporales. Y entre otras veces acudió una a él tanta multitud de gente, que por huir la molestia de ella, se fué como huyendo a esconder a un monte cercano llamado Hyaus, y dejando señaladas las pisadas en las peñas, le iban siguiendo por ellas, hasta que, llegando al pie del montecillo, por ordenarlo así Dios, les pareció ver una sima u hondura grandísima y la altura del monte tan inaccesible, que desistieron de la empresa y se volvieron y el santo se mantuvo allí unos días empleándolos en ayunos, vigilian y oraciones».

«A la sazón estaba vacante la sede de Auch y reunidos en ella los obispos de la provincia y clero de la ciudad para elegir arzobispo y no pudiéndose concertar en la elección, acordaron se ayunase tres días y se pidiese al Señor con devota oración proveyese de pastor y prelado a aquella su Iglesia. Hecho esto, les reveló Dios que el primero que entrase por la puerta de la ciudad llamado Oriencio, eligiesen en arzobispo. Había el santo viejo Oriencio (permitiéndolo así Dios) enviado delante a su hijo para que proveyese en la ciudad de lo necesario. Llegado, pues, el mancebo a la puerta de ella, viéndole los obispos y clero y los demás que aguardándole estaban, llegando todos a él preguntándole su nombre y respondiendo se llamaba Oriencio, le saludaron por arzobispo y con cánticos de alegría le llevaron a la Iglesia y aunque resistiendo él sumamente le consagraron y asentaron en su silla. El viejo Oriencio derramó muchas lágrimas de contento y se volvió a su patria».

Coincidiendo con la tradición francesa, asegura Aynsa que «convirtió muchos idólatras en la tierra de los vascos y destruyó todos los ídolos que en el monte Arbexa, que está a la parte septentrional de Auch, había y ahuyentó y echó de él todos los demonios que en aquellos ídolos y simulacros daban respuestas».

6 Andando por unos mismos senderos, las tradiciones aragonesa y francesa narran con complacencia el episodio de la curación de una hija del rey de Francia, llamada Cornelia.

Tenía el rey de Francia una hija, algunos dicen que era única, que era muy maltratada por el demonio. Repetidas veces se intentó liberarla y siempre el eneinigo se negaba dejarla en paz y aseguraba que jamás la abandonaría si no era Oriencio en persona quien se lo mandase. El rey no conocía este nombre, ni nadie de su corte. Y dió orden de buscarlo por todas partes de Francia, mandando a sus mandatarios que no volviesen a él antes de dar con el paradero de Oriencio.

Pasado un tiempo, que no fue corto, la Providencia guió los pasos de los enviados por el atribulado príncipe y, por fin, les fue dado encontrarlo dedicado a la faena de labrar la tierra. Sabedor el santo de los motivos y razones que le expusieron, pidió a Dios le hiciese saber su voluntad. Sin más detalles, dicen los franceses que Oriencio acudió donde se encontraba el rey y su hija, a quien curó. Aynsa especifica más y atribuye la liberación de Cornelia a los exorcismos de Oriencio hijo y a las oraciones de Oriencio padre. Coloca junto a este milagro el otro de la conversión del báculo de Oriencio en árbol florido.

Y otra vez se unifican las dos tradiciones para asegurar que el rey, sumamente agradecido, obsequió al obispo de Auch con un códice de los Santos Evangelios encuadrado en plata y una ara portátil de jaspe con reliquias de varios santos.

Termina Aynsa el relato: «Estas santas piezas del libro y ara se

conservan hasta nuestros tiempos y las muestran los monjes del monasterio de San Oriencio de Auch, donde están y son sumamente reverenciadas.

7 Tienen las actas más antiguas, las de Westfalia, un elogio muy expresivo a pesar de su laconismo lapidario. *Oriencio fue grandemente necesario así en la predicación, como en la liberación de la patria*, resumiendo así toda la actuación episcopal del oscense.

Los tiempos de san Oriencio fueron calamitosos para las Galias. El mismo santo, en su *Conmonitorio*, traza con palabra precisa el panorama de aquella época:

*¡Muerte, dolor, destrucción, guerras, incendios, llanto!
Toda Francia se abrasa en una misma hoguera.*

No era solamente la idolatría que infestaba aquellas tierras. El arrianismo y el desenfreno de las pasiones assolaban el país. Oriencio tuvo que afrontar la situación y buscar caminos a propósito para soluciones prácticas y a corto plazo.

El luchó eficazmente contra el arrianismo con la ejemplaridad de una vida intachable y contra los vicios imperantes, con la fogosidad de su verbo y la solidez de su doctrina y la valiente decisión de su voluntad.

Aparta la actuación pastoral, Oriencio muestra otra faceta de su grandiosa personalidad: la de *Padre de la Patria*. Es tradición francesa, que no figura en ninguna de las Actas clásicas que nos han llegado, que el municipio de la augusta urbe de Auch le eligió para *Defensor de la Ciudad*. Cuando se vió asaltada por los vándalos, san Oriencio, como otro san León en Roma, consiguió que Auch no sufriera lo más mínimo los estragos de la guerra y del afán de botín.

Más sonada fue la gesta de nuestro santo con ocasión del sitio por las legiones romanas de Aecio y Litorio de la ciudad de Toulouse, en la que había sido encerrado el rey de los visigodos Teodorico el Viejo (419-451), después de los desastres de Arles y Narbona. A ruegos de los sitiados, acudió san Oriencio que convenció pronto a Aecio para que levantara el cerco. Litorio, sin embargo, se resistió a los ruegos y amenazas del santo. Hechas las paces entre Aecio y Teodorico, se entabló la lucha contra Litorio que cayó prisionero, desapareciendo de esta manera uno de los mayores impedimentos para la alianza de aquellos dos, que tan eficaz se mostró cuando la lucha contra Atila, rey de los hunos.

Las Actas del monasterio bodecense narran así la gesta de san Oriencio:

Por la gracia del Señor, Oriencio cargaba con el peso de una fecunda longevidad, cuando aconteció que el emperador envió al patricio Aecio y a Litorio a que hicieran la guerra contra el rey de los godos. A su llegada, se estremeció el rey, viendo que no podría resistir con las armas a los poderosos enviados, máxime cuando Dios permitía grandes males debido a estar Teodorico envilecido por la mentira arriana. Oriencio, no impresionado por la afiliación del rey al error, sino con deseos de subvenir las necesidades del prójimo, escuchó a los mandatarios que el príncipe le envió y aceptó gustosamente presidir la embajada que, en nombre de aquél, había de ir a negociar con los dos jefes romanos. Se puso inmediatamente en camino. Al llegar al campamento de los romanos, Aecio descendió prestamente del caballo que montaba y, besándole la mano, rogó al obispo de Auch que le tuviese presente en sus oraciones. Litorio, en cambio, le recibió con la figura erguida y fruncido el ceño y ni siquiera quiso responder una sola palabra, cuando Oriencio expuso los motivos de su embajada. Y lo hacía para demostrar que despreciaba profundamente al obispo. Por si quedaba alguna duda sobre la negativa de Litorio a entablar conversaciones dirigidas a la paz, interrumpió bruscamente el discurso del santo pastor y sentenció:

—Prometo que entraré en Toulouse.

Oriencio se retiró a orar y Litorio, a fin de cumplir su promesa, puso sus huestes en movimiento, tratando de impugnar y conquistar la ciudad fortificada. Mas he aquí que una niebla espesa y muy oscura envolvió su ejército que pronto cayó en el desconcierto, tornándose fácil la lucha para los sitiados que obtuvieron resonante victoria sin derramar sangre por su parte, gracias a la intercesión del glorioso san Oriencio. Litorio fué hecho prisionero y recibió el castigo merecido. Aecio, en cambio, en méritos a su comportamiento con el obispo, logró salvar su propia persona y su ejército. Y así aconteció que la turba de herejes, que habitaba la ciudad, hubo de dar las gracias al mismo antes despreciado Oriencio que los liberó cuando habían de ser exterminados por las armas romanas. Y todo ello tuvo lugar alrededor del año 439⁴.

4. AYNBA explica sucintamente este pasaje de la vida del santo y dice que el emperador romano era Maximiano y Agencio y Lythorio los dos generales que aquél mandó a Toulouse, cuyo rey se llamaba Olimbrio (op. cit., pág. 6).

8 *Vivió en el episcopado durante 41 años, dicen las crónicas francesas, fundadas en un documento de la catedral de Auch del siglo XII. No lo sabemos. Pero sí parece probable que la muerte le sorprendiera entre 440 y 450. Fue enterrado en la iglesia de san Juan Bautista, junto a los sepulcros de sus antecesores: Paterno, Servando, Optato, Pompodiniano y Ursiano, el primer día del mes de mayo.*

No añaden más detalles de la muerte del santo las fuentes francesas, pero sí las aragonesas que tienen aún más cosas que decir sobre Oriencio. Según éstas, intentó volver a la vida eremítica, pero Dios le manifestó con claridad que su voluntad era que siguiese rigiendo la iglesia de Auch. Después de un tiempo, conoció que se acercaba la hora de dar cuentas a Dios y pidió le fueran administrados los santos sacramentos. Próximo el tránsito, se le apareció Jesús acompañado de una gran multitud de ángeles y santos para invitarle a que fuera a recibir la corona que tenía preparada en el cielo. Aparición que pudieron ver otros dos que cuidaban de él y comprobar por el suavísimo olor que embriagaba la estancia. Muy contento suplicó al Señor quisiese recibir su espíritu, guardar su sepulcro y salvar la católica ciudad de Auch de toda herejía. Hechas tales peticiones, se oyó una voz que dijo:

— Se cumplirá lo que has pedido. Y si alguno en tu nombre pide remedio para sus males, será escuchado.

Y, acto seguido, Oriencio expiró, y fue enterrado su cuerpo en la iglesia de los santos Juan Bautista y Juan Evangelista. Y ha sido Dios servido de obrar muchos y muy grandes milagros por intercesión de tan santo prelado.

En el siglo X fue edificado un monasterio de benedictinos alrededor del sepulcro de nuestro santo, cuya iglesia fue consagrada solemnemente el año 1075.

9 San Oriencio compuso veinticuatro oraciones en versos pentámetros y exámetros. Un códice de Tours ha conservado la primera y la última de ellas, publicadas por Migne, *Patrología Latina*, vol. LXXI, col. 973, bajo el título *Sancti Orientii Conmonitorium*. Dice del Conmonitorio Duquesnel, literato francés del siglo pasado, con certera apreciación, que es «como una especie de guía para ir al cielo, escrita con dulzura y santa melancolía». Efectivamente, todo el esfuerzo del santo obispo escritor se reduce a hacer comprender a sus fieles que nada valen las cosas de este mundo en comparación con los bienes que nos aguardan en la eternidad. Para ello, suplica tiernamente al lector, fustiga dura-

mente los vicios de la época y ensalza la belleza y la grandiosidad de la glorificación por Dios de sus creaturas. Júzguese por este fragmento del Libro I:

¡Oh tú, que corres veloz hacia los premios de la vida eterna! Más deseas lo imperecedero que lo mortal. Aprende un camino que descubre el cielo, que huye la muerte, que evita lo áspero, que corre por suave sendero.

Vencidos por la carne y por el tiempo, marchamos sobre la tierra, camino de dolor. El gozo engendra siempre más deseos, si los otros logran lo que nosotros no. Y vivimos esta vida que pronto escapa, cogidos a desleales caricias.

¡Oh, qué fuente de daños y males son la lascivia, la miseria, la mentira, la pequeñez, la vanidad!

Tente fuerte tú por la confianza en lo inmortal y deja a un lado cuanto ha de perecer.

¡Hazme sentir, Señor, hazme hablar, para que, gracias a Ti, te plazca mi discurso de Ti!

Conoce ante todo, amigo, la doble vida que, con razón, ha dado Dios al hombre: la una, unida al cuerpo pesado de tierra, nos es dada sin mérito alguno—no está en nosotros el nacer, no está en nosotros el largo vivir—; la otra, la ganamos aquí.

Y esta es nuestra razón de ser y existir: buscar con empeño al Señor del Cielo y de la Tierra y de la Mar.

Sabemos que hay un Señor digno de toda alabanza y le adoramos con un ruego a flor de labios: «¡Danos la vida perpetua!». No con regalado incienso, ni derramando sangre, ni llenos de vino, ni de manjares ahitos. —Oro, vestidos, olores, rebaños, libaciones, perlas y cosas que los hombres juzgan raras y preciosas, ante Dios son viles y pesadas moles de barro, que yacen, para El, sin estima, como inmundicias—.

Todo es de Aquel de quien somos. El tiene y dona. Nuestro, ¡nada!

No podemos darle lo que ya le pertenece. «No quieró tus machos cabríos—dice por el profeta—, no quiero tus terneros. Míos

son los campos y la gloria del cielo, el orbe es mío y cuanto encierra. Ofrendas quiero de pechos santos, hostias de alabanza en bocas puras».

¡Cree, lector, ante todo cree y, creyente, canta al Señor con tu boca!

Loado sea Jesús Cristo en Oriencio, apóstol, poeta, obispo y santo, por los siglos de los siglos. Amén ⁵.

5. El día 14 de septiembre de 1609 llegaron a Huesca reliquias insignes de san Oriencio donadas personalmente a los síndicos del Cabildo, Concejo y Universidad oscenses por el arzobispo de Auch, previa autorización y mandato de Enrique IV, accediendo a las súplicas de un caballero natural de Zaragoza, Manuel de Donlope, gentil-hombre de la corte del rey francés. AYNSA (op. cit.) refiere con toda clase de pormenores las fiestas que, con tal motivo, se organizaron en Huesca, de carácter religioso, literario y profano.

